

Laura busca su alma

Escribe: **CARLOS DELGADO NIETO**

La frecuencia con que Laura se refería a su amiga Dora fue despertando en mí un gran deseo de conocerla. Este deseo cobraba cada día nuevos matices. Primero fue la curiosidad por la mujer independiente que había renunciado a la tutela familiar, contratando una dama de compañía con la cual se fue a vivir a un pequeño apartamento. Después fue la información de que Dora había roto un año antes su compromiso matrimonial con un destacado político, faltando solo dos días para la boda, y para no oír los comentarios de sus amigas se fue a hacer una gira por varios países de Europa y Africa. Finalmente estaba el hecho de que Dora ejercía una gran influencia sobre Laura, mujer de mucho genio y mayor que ella.

El rompimiento con su familia había implicado una separación de bienes que le permitía a Dora poseer un automóvil, un par de perros de raza y limitar su trabajo a atender de vez en cuando a un corredor de bolsa que la informaba sobre sus acciones y le aconsejaba comprar o vender.

Laura había conocido a Dora cuando esta era "una colegiala muy linda y muy tímida", y haciendo juiciosamente la cuenta le calculaba veintiocho años de edad. Yo acepté ese cálculo el día en que Laura me la presentó, ¡por fin!, en la oficina de una empresa de publicidad.

Una tarde la encontramos Laura y yo en un almacén, y decidimos tomar algo en la pequeña bizcochería del segundo piso. Laura acababa de sentarse cuando recordó que debía comprar todavía algo más, quizá una de esas cosas que hay que comprar sin testigos. Mientras Laura estuvo ausente, Dora se comportó como si fuera tres personas a la vez: Al sentarse estaba despejada, intrascendente, hablando de sus compras, del clima, de las empleadas del almacén; sus ojos azules fulgían, traviosos. De pronto se cerró, se ensombreció, mirando su taza de té fijamente, en silencio. Luego volvió a animarse, pero ya introvertida, y fue entonces cuando me hizo la famosa pregunta: "¿Tú qué crees que es la felicidad?". Yo sonreí para disimular mi estupefacción, y no tuve que contestar nada, porque en ese momento regresó Laura, y el tema quedó cancelado.

Allí en aquella agitada bizcochería de almacén, conocí bien sus manos. Eran variables, como su dueña. En el momento de apretar el asa y alzar

el pocillo, sus dedos se veían muy delgados, débiles y envarados, como de persona que no es capaz de realizar adecuadamente ningún trabajo manual. Después, al posar las manos sobre la cartera y empuñarlas sobre el broche, lo mismo que al alzar el vaso de agua, esas manos parecían las de una labradora un poco cuidadosa de sí misma; ¡eran manos masculinas!

* * *

Durante siete meses, ni Laura ni yo volvimos a ver a Dora ni supimos nada de ella. Cuando habían transcurrido dos meses de esa misteriosa desaparición indagamos en el apartamento que ocupaba, y allí nos informaron que hacía justamente seis meses lo había desocupado, y no sabían hacia donde había partido.

Una de las maneras que la ciudad tiene de burlarse de sus habitantes es no dejarles ver cosas y personas que están muy cerca, atrayéndolos en cambio hacia otras que están distantes, en la periferia, con lo cual fomenta su propio crecimiento. Mis traslados habituales me llevaban siempre hacia el oriente, cruzando la moderna Avenida Décima. Pero un día llovía mucho y no me fue posible salir a las tres de la tarde, como acostumbraba. Mis asuntos nunca han sido urgentes y podía esperar. Sin embargo, estaba de por medio el hecho de que me había quedado sin cigarrillos, y en esto no podía esperar. Como solución busqué mis cigarrillos andando hacia occidente, sector donde la ciudad se había modernizado menos y los aleros de las casas viejas me protegerían de la lluvia. Abundaban por allí esos pequeños comercio que el pueblo llama "chuchos". Yo iba mirando con cuidado las mínimas vitrinas de exhibición y los objetos colgados en la puerta, que indicaban la clase de negocio que allí funcionaba: una quincallería, un expendio de repuestos de radio, una tienda de hilos, etc. De pronto vi unos tarros de conservas alimenticias, y como el expendio de estos artículos está casi siempre acompañado de la venta de tabaco, entré rápidamente, acosado por unos goterones que caían de una canal averiada. El mostrador estaba tan cerca de la puerta que por poco me estrello contra él. Frente a mis ojos, muy cerca, estaban los ojos azules de Dora, quien retrocedió un poco, como si remitiera a una nueva distancia la identificación que acababa de hacer. Desde la nueva distancia me sonrió infantilmente, mientras sus ojos seguían mirándome con una mirada llana, sin subfondo, sin complejidades. Parecía preguntarme con picardía: "¿Se alarmaron ustedes con mi desaparición?". Hizo luego un movimiento con el cual recogió con las dos manos los extremos de un chal blanco que tenía sobre los hombros y se envolvió con él los brazos que después cruzó, despacio, sobre su vientre. En este movimiento con el chal pude observar sus manos, que eran ya más fuertes, más de labradora y sin embargo, más femeninas.

Dora seguía en pie, a la misma distancia; el movimiento que había ejecutado guió mis ojos y me hizo ver en su cuerpo un grosor que al menos entendido le hacía saber que estaba embarazada. Ella seguía de pie frente a mí, seria, como interrogándome. Yo me confundí un poco y apelé a mis cigarrillos. Vi unos paquetes cuidadosamente alineados en un rincón del mostrador, y señalándolos le dije:

—Andaba en busca de una de estas cajetillas.

Ella me hizo confirmar la marca que deseaba, y me los entregó con un ademán muy diferente del que emplean las vendedoras profesionales, como si estuviera ofreciendo golosinas en una cajilla de madera, y se sentó apaciblemente, volviendo a cubrirse con el chal. Trató de disimular la fatiga que le había producido el rato que estuvo de pie y quizá también el haberme visto.

—¡Qué pena —dijo mirando a todos lados— no poder ofrecerte asiento!

Yo la tranquilicé diciéndole que acababa de salir de mi apartamento, donde había descansado ampliamente.

—Tan no estoy cansado, que podría escucharte de pie si quieres contarme algo de lo que has hecho después de tu desaparición.

Ella me miró sin verme, con una sonrisa lejana que parecía medir la distancia tanto cronológica como espiritual que la separaba de la época en que habíamos dejado de vernos. Todo lo sucedido le resultaba quizá difícil de reconstruir y evocar, pues seguía mirando al vacío, sin decir palabra. Yo decidí preguntarle:

—¿Te casaste?

—No, no —respondió ella con tono neutro—, como si estuviera hablando de otra persona. Después, haciendo un notorio esfuerzo sobre sí misma, empezó a relatar:

—Yo creía que necesitaba muchas cosas. Me consideraba una inconforme y llegaba a pensar que aun esas muchas cosas quizá no me bastarían. Pero de pronto encontré una, el amor, y me bastó. Me refiero al amor mío, no al de otra persona por mí. Bueno, esto no quiere decir que él no me amara. Sí, me amaba y creo que me ama todavía; pero cuando sentí que lo amaba yo a él, me di cuenta de que eso era lo que me hacía falta. Me entregué sin ninguna condición. Después fui descubriendo el trabajo, el placer de trabajar, el placer de esperar... El tenía algún reato por mi automóvil, era algo que lo cohibía, y lo vendí. Escogí este trabajo porque me mantiene cerca de él, que es agente de comestibles y cigarrillos. Viene con frecuencia, tanto en plan de negocio como de visita, o de las dos cosas a la vez. ¿Se acuerda —dijo animándose y riendo con gracia— de mis perros?

Yo afirmé con la cabeza, y ella agregó sin dejar el tono festivo:

—Se los regalé a una vecina. ¡Eran muy bonitos, pero entre un perro y un niño, o la promesa de un niño, no hay comparación!

Era ya su verdadera voz, bien modulada, quizá un poco más pausada y más grave. Después de decir lo anterior se quedó mirando hacia la calle, en esa actitud característica de los dueños o empleados de tienda, para quienes la visión de la calle es la única compensación de la forzosa permanencia tras el mostrador. Su actitud era plácida, a excepción de contados instantes en los que su ceño se contraía y enrojecía un poco, seguramente a causa de los braceos del hijo dentro de su vientre. Sin dejar de mirar hacia la calle, donde contados transeúntes pasaban rápidamente haciendo toda clase de esguinces para defenderse de la lluvia, me preguntó:

—¿Y tú, qué tal?

Yo le contesté que seguía con mi trabajo de antes y con la oficina cercana a la de Laura.

—¡Ah!, Laura... ¿Sigue todavía por ahí, buscando su alma?

Yo sonreí buscando sus ojos para que explicara, aunque en realidad entendía bien lo que quería decir.

—Sí, —explicó Dora— a Laura le falta valor para decidirse. Se mete en toda clase de asuntos en los cuales encuentra muchas cosas, pero no se encuentra a sí misma.

Lo que Dora decía de Laura era muy fundado, pero me resultaba un poco duro de escuchar tratándose de una amiga mía, y cambié de tema diciéndole que ese trabajo de la tienda podía ser inconveniente para ella en esa avanzada época del embarazo. Ella me dijo que tenía una empleada, quien había ido a almorzar y tal vez se había retrasado a causa de la lluvia. Una niña entró a comprar un paquete de caramelos. Dora se los vendió y le entregó el cambio sin moverse del asiento que ocupaba.

El haber visto llegar a la niña sin manchas de agua en el abrigo me hizo mirar hacia la calle, y comprobé que la lluvia había cesado por completo y el gris de la atmósfera se tornaba amarillo, señal de que el sol estaba próximo a salir. Me despedí entonces de Dora, anunciándole que haría siempre allí, en su tienda, mi provisión de cigarrillos. Al día siguiente hice mi compra sin necesitarla, lamentando que no lloviera porque no tenía pretexto para demorarme y los compradores eran más numerosos. Conocí entonces a la empleada, una muchacha de unos diecisiete años, nada bonita, que hacía rutinariamente su trabajo de vendedora y profesaba a su patrona un gran respeto. Dora andaba por la parte de atrás, en donde había sido acomodada la alcoba. Sin embargo, se asomaba con frecuencia para ejercer cierto control sobre la muchacha, y fue en una de estas salidas cuando me vio y me saludó acercándose un poco. Pude observar que Dora mantenía el hierático erguimiento de cuando la conocí. Su vestido era de una tela de algodón a rayas blancas y carmelitas, hecho sin duda para su gravidez, pues no se veía deformado. Como no tenía puesto el chal del día anterior, era completamente visible el abultamiento de su vientre, pero esto parecía imprimirle una mayor dignidad. La distinción que antes empleaba para llevar de las correas a sus perros por la elegante avenida, la empleaba ahora andando por la casa-tienda, detrás de su niño en embrión.

El día siguiente lo dejé pasar sin hacer mi compra habitual en la tienda de Dora. Descubrí que la hora de las tres de la tarde no era buena, porque generalmente estaba allí la empleada, y no podría cruzar con la dueña más que un breve saludo. Además, esas empleadas suelen aprovechar el más pequeño detalle para inventar chismes. Dos días después fui a la una. Allí estaba Dora, en su rincón, con el chal sobre los hombros y haciendo "croché", tejiendo una camisa de niño. Me saludó con la gentileza de siempre, y yo le dije que tomaría por mí mismo los cigarrillos para que ella no tuviera que levantarse. Al pagarle, no utilicé las monedas que

tenía, sino que le di un billete de un peso para prolongar la visita mientras me daba el cambio. Sin embargo, todo ese rato estuvimos silenciosos; solo cuando me entregó las vueltas le dije:

—¿Ya tal vez no preguntas qué es la felicidad, no?

Ella se tomó unos segundos antes de contestar, y durante ellos hacía que verificaba el cambio con las monedas colocadas sobre el mostrador. Luego dijo sonriendo:

—¿Qué cosas tan tontas las que yo preguntaba! Hay tantas clases de felicidad como de personas... Esto que es ahora para mí la felicidad no debe serlo para muchas.

Como un acuerdo muy notorio con ella podía ser impertinente, yo me limité a asentir con un "sí" borroso. Ella alzó la cara hacia mí, y yo entonces imité histriónicamente el gesto de ella en la casa de Laura, repitiendo: "¿Qué es la felicidad?". Ella se rió ampliamente, hasta donde lo permitía la salonesca distinción que aún mantenía, y yo me despedí. Pero al llegar al umbral me volví nuevamente hacia ella para decirle que ojalá hubiera pronto una ocasión para que me presentara a su marido. Ella contestó: "Sí, sí", pero lo hizo después de dudar y revelando pocos deseos de hacerlo, como cuando se trata de algo muy íntimo, muy personal, que puede no ser comprendido por los demás.

Al día siguiente terminé mis tareas matinales más temprano que de costumbre. Acababan de dar las doce cuando me acercaba a mi apartamento y pensé que podía ser oportuno comprar de una vez mis cigarrillos. Quería, eso sí, verificar antes si la empleada de Dora estaba todavía allí, caso en el cual aplazaría mi compra. Iba acercándome a la tienda, andando por la acera opuesta, cuando vi avanzar en la misma dirección a un vendedor con su gruesa cartera en la mano. El individuo debía ir detrás de mí, y al alcanzarme cruzó la calle. Era uno de los miles de vendedores que hay en las ciudades, que por razón de su oficio y por las cualidades de buena presentación y buenas maneras que les son exigidas, llegan a parecerse todos entre sí: zapatos bien lustrados y con tacones completos, vestido barato pero relativamente nuevo, cabello bien peinado, afeitada cuidadosa, y un andar erguido y apresurado no obstante lo pesada que es la cartera de las muestras. Este que avanzaba paralelamente a mí tenía menos de treinta años, podía ser un buen jugador de ping-pong, y no se por qué desde el primer momento pensé que ese era el marido de Dora.

A causa de unos cuantos carros estacionados y de que había varias puertas parecidas a la de la tienda de Dora, temí no identificar bien el local a donde el vendedor entrara. Por ello me situé frente a la tienda, apenas retrasado uno o dos pasos para no ser visto desde el interior. El individuo entró justamente ahí. Quedaba por establecer si era el vendedor-marido o uno de tantos vendedores. Avancé un poco tratando de presenciar la entrevista y estudiar el comportamiento de ambos, pero mi labor se vio facilitada al máximo, ya que en cuanto el hombre entró, la puerta comenzó a cerrarse discretamente. Una mujer que regresaba del mercado con un canasto en el que predominaban las zanahorias trató de entrar a comprar algo, pero la persona que cerraba la puerta le informó que no había ser-

vicio. Yo estaba ya enfrente y pude ver que quien cerraba era el recién llegado. Este, quizá temiendo que llegaran nuevos compradores o porque alcanzó a verme en la otra acera, apresuró el cierre dando un pequeño portazo. Yo seguí mi camino preguntándome: “¿Con tantos tipos como ese que siempre ha habido en la ciudad, cómo es que Dora tardó tanto tiempo en encontrar uno?”. Yo mismo me di luego la respuesta que ella seguramente me habría dado: Había ciertamente muchos en la ciudad, pero el suyo no era sino aquel, para mí igual a los demás y para ella singularísimo, único!

Durante la noche logré una reconstrucción mental del momento en que fue cerrada la puerta de la tienda de Dora. Llegué a la conclusión de que el hombre (el marido de Dora) no solo me había visto sino que había examinado, tomando nota de que yo miraba precisamente hacia allá. Además, era posible que ya me hubiera visto antes, en una de mis compras cotidianas, colocado él también en la acera de enfrente.

En cuanto vi a Laura, le conté el descubrimiento que había hecho. Contra lo que yo esperaba, Laura me declaró, indignada, que no iría nunca a la tienda de Dora. Casi sin despedirse, hizo tronar la barra de cambios y salió disparada en su pequeño automóvil. Mientras la veía alejarse haciéndoles quites a los otros carros, yo me dije: “No irás a ver a Dora, pero la envidias porque ella sí encontró su alma”.